

LORENZO ARRIBAS, Josemi. *Románico romántico. Apuntes en la provincia de Soria*. Soria: Millán y Las Heras Ediciones, 2019. 143 pp. ilustr. en b/n.

La primera vez que pasé por la provincia de Soria debió ser en verano de 1963, pero ya ni me acuerdo, viajaba en el *Shanghai* con tracción vapor entre Ariza y Aranda, pocos meses antes que el servicio fuera modificado y estrenaran la variante por Zaragoza a Miranda de Ebro y Venta de Baños. Desde aquella lejana fecha he regresado con cierta regularidad, sobre todo surcando la N-122, la N-234 y la N-111, esquivando camiones, tractores cargados de remolacha y racimos, huidizos ciervos y jabalíes, valerosos peatones, placas de hielo y cencelladas (la A2 es la única nacional que han reconvertido en autovía, por aquello de facilitar el acceso entre la capital de España y la Junquera). Pero apenas he frecuentado los pueblos, y menos desde 1998, aunque sospecho que la geografía soriana poco habrá cambiado en apenas dos décadas (como decimos en la Ribera, es más vieja que la orilla del Duero).

Josemi Lorenzo Arribas, autor de *Románico romántico. Apuntes en la provincia de Soria*, es curtido medievalista e incansable investigador independiente. De orígenes zamoranos, occidente donde el río se embalsa y angosta, camino de la Raya y del Atlántico; formó parte del Proyecto Cultural *Soria Románica* (2007-2012), capital donde el río traza hacia oriente su curva de ballesta recién llegado desde Urbión, poco antes de adentrarse en los campos de Castilla. Josemi Lorenzo, que moró en la calle Real, ha compilado y revisado una breve selección de textos, apenas 40, entre más de 400 publicados entre 2007 y 2018 en la sección *Rinconete* del Centro Virtual Cervantes. Son fugaces y amenas crónicas divulgativas de excelente rigor, certeramente presentadas, redactadas e ilustradas, una treintena formando parte de la serie *Románico romántico* y el resto publicadas sueltas, incorporando un socorrido índice toponímico.

Servidor suscribe entusiasta la idea abrigada por el redactor del texto que reseñamos, a saber, plantear un delicioso viaje por la geografía soriana “para ver lo que tan bonito se oye” y como dijo don Juan Antonio Gaya Nuño –dilecto hijo de Tardelcuende– en *El santero de San Saturio* (1953) que “villas, aldeas y lugares sorianos cautivan, ante todo, y frecuentemente sin otro señuelo, por sus nombres. Los hay con motes prohibitivos y alejadores, como Yelo, Castilfrío y Renieblas, que sugieren temperaturas árticas, tormentas imposibles, cielos cargados de helado furor, y la realidad no defrauda...”. Otros poseen resonancias evocadoramente medievales por caballerescas y morunas: Peralejo de los Escuderos, Castillejo de Robledo, Almajano, Andaluz, Benamira, Borjabad, Omeñana o Zayas. Algunos sugieren reniegos y tacos: Nolay, Somaén o Reznos, que podrían ir acompañados por signos de admiración (añadiendo al listado los de Moñux, Nepas, Blacos, Bordejé, Bordecorex o Serón de Nágima) y pelotón son los crujientemente románticos: Barahona, Calatañazor, Dévanos, Fuentestrún, Golmayo o Lumías (Castil de Tierra, Estepa de San Juan, Fuentetoba, Lodares o Tapiela entre los telúricos), y si no, váyanse al nomenclátor peninsular, cuyo último municipio habitado es Zuzones, claro y fresco paraje del adiós burgalés, aperitivo de los pagos de Langa, prólogo entre los sorianos viniendo desde Valladolid y no demasiado lejos de Abejar, caminito de Pinares y de la capital que idolatró Jaime Urrutia en una inolvidable canción de amor en 1988.

En *Románico romántico*... se repasan alfoces, villas y tierras, junto a sus monumentos de todos los calibres (también restaurados, cruelmente expatriados, desaparecidos y hasta replicados), criterios de intervención, tiras cómicas, galerías porticadas, necrópolis taxidermizadas, tallas devocionales, libros de fábrica, sentimentales epígrafes y humildes grafitos, reclamos mercadotécnicos, recuerdos y nostálgicas ausencias. Son la levadura con la que está amasado este librito que se lee con delectación y sumo placer, inmunizándonos contra esotéricos templarios, maratonianos del turismo arqueológico, emprendedores de la gestión cultural y cazafantasmas de toda condición.

El trabajo de Josemi Lorenzo nos permite viajar con la imaginación (piensa uno en pastores trashumantes a prueba de lobos y –con el permiso de los anónimos pintores de San Baudelio,

don Gustavo Adolfo y don Antonio— en elefantes de guerra, corzas, ánimas en pena y lagunas insondables), el olfato (entre resinas pinariegas, cantuesos, espliegos, serrín de sabina, polvo y quirúrgicos disolventes) y, sobre todo, con el buen gusto que desgranar todas y cada una de sus 143 páginas. ¡Una lástima que se termine tan pronto! Es una faena (y un berrinche) cuando tenemos que regresar a otros libros de arte y cultura medieval incoloros, insaboros, inodoros, intocables y sobre todo soporíferos en forma y fondo. Nos gustaría recomendar de rondón otros trabajos del mismo autor dedicados a temas sorianos sobre organología, leyendas medievales, encuestas orales, campanas, iconografía pastoril, imaginería, historiografía del románico o grafitos en el incunable templo de San Miguel en San Esteban de Gormaz.

Y no es que *Románico romántico*... no sea eruditísimo, que lo es y mucho, pero en el mejor de los sentidos, enhebrando todos los palos de las humanidades sin dárselas de nada y dándonos por todos lados. Escrito con sencillez, sin pedanterías ni cursilerías y envidiable voluntad pedagógica, puede disfrutarse como prosa de mayor calado que buza hacia las alturas, un material tan personal como sensible que nos convierte en encandilados entusiastas del románico soriano. Pero sin olvidarnos del paisaje que habita, su inmediata arquitectura vernácula que va desmigándose y sus adherencias vecinales ya sepultadas ante la drástica reducción del paisanaje.

La última vez que quise venir de Soria-Cañuelo me monté en un regional en Alcalá de Henares con destino a Chamartín, corría el otoño de 1998, simple azar y pura inocencia. Se me hacía atractivo llegar hasta la gran capital desde un origen que siempre había formado parte de mi propia geografía afectiva. Pero no hubo piedad, aunque me ahorré las tres horas y pico de viaje (más de lo que se tarda en AVE de Atocha a Sants), tuve que pagar por todo el trayecto en tan singular convoy-jaula de media distancia.

¡Qué más quisiéramos que haber conocido las tierras sorianas allá por las postrimerías del siglo XII, cuando los constructores remataban sus fábricas concejiles, catedralicias o monásticas! una lástima que sólo nos quede la errática posibilidad de evocar, intuir o fantasear, temiendo que transcribir de memoria un *Miserere* o dejarnos llevar por unos ojos verdes nos sumerjan en desasosiego y fatal enajenación, y hasta puede que un rayo de luna nos confunda y nos engañe, y que una escultura pétrea alcance vida y pasión. Pero también disponemos de fuentes supervivientes que todavía coleán: sigue turbando que algunos lapicidas, quien sabe si fascinados o aterrorizados temiendo lo peor, publicitaran en un tímpano de San Nicolás de Soria el eclipse solar que aconteció allá por junio de 1239; y más aún, que Egido y Ania —dejando sus nombres de pila— plantaran unos árboles junto a la cabecera de la iglesia de Nolay en 1286, dando fe con otra inscripción más repobladora y vegetal (Walt Whitman sentenció con “I believe a leaf of grass is no less than the journey-work of the stars”).

Mientras la ruina —siempre tan misteriosa— aguante, mentes clarividentes como la de Josemi Lorenzo seguirán documentando, y tal vez soñando, inasibles al desaliento y al colapso.

*José Luis Hernando Garrido*  
UNED. Centro Asociado de Zamora